

Yendo en pos de lauro y palmas  
Crudo afan tendréis cual yo.

Mas... ¿por qué tan hondo duelo?  
Harto aquí sin paz lloré:  
Ya la mente, ansiando el cielo,  
Vuela en alas de otra fe.  
Sacudiendo su desmayo,  
Rauda siéntese subir  
Más que el ave, más que el rayo  
De una nube en otra al ir.

Cubra el éter velo umbrío...  
Ronco el trueno brame ya...  
Nada teme el pecho mio:  
Libre al fin del mundo está.

Voz que gozo blanda inspira  
De otra patria viene á mí:  
Nace un sol que nunca espira...  
¡Dulce muerte, vivo en tí!

DEL SEÑOR

D. MANUEL DEL PALACIO.

EL SUEÑO.—TROVA.  
PREFACIO DE UN LIBRO.—Á MADAME.....  
POLOS OPUESTOS.—UNA CARTA.—Á LA LIBERTAD.  
DEL ÁLBUM DE MI HIJA.—Á UN AMIGO RESIDENTE EN ROMA.—LAS ONDINAS.  
LA MUERTE DE UN ÁNGEL.—CANTARES.

EL SUEÑO.

---

Rumor de voces lejano  
Parece suena en mi oído,  
Quiero recordar en vano,  
Y el libro, que no he leído,  
Se desliza de mi mano.

---

Ante mi incierta pupila  
Miro en silenciosa fila  
Seres y objetos pasar;  
Cuanto me cerca vacila,  
Mi aliento se va á apagar.

---

Veo risueñas llanuras  
Y montañas escarpadas,  
Selvas frondosas y oscuras,  
Y entre arroyos y cascadas,  
De un antro las angosturas.

---

Del antro sobre la puerta  
Arrojo yelmo y escudo,  
Y por la escala desierta,  
Ciego, irritado, desnudo,  
Me lanzo á carrera abierta.

Rápido cruzo y sereno  
Calles de lava y basalto,  
Nada á mi ardor pone freno,  
Si hallo un torrente, lo salto,  
Si hallo un abismo, lo lleno.

A un mundo desconocido  
Llego al despuntar la aurora,  
Mundo de paz y de olvido,  
Donde se ensalza al caído  
Y se consuela al que llora.

No existe allí el ódio fiero,  
Ni la envidia, ni el agravio,  
Y unidos van de bracero  
El mendigo con el sabio,  
Torquemada con Lutero.

Rosada luz ilumina  
De aquel mundo el horizonte,  
Y á través de la neblina  
Palmas se ven en el monte,  
Laureles en la colina.

En la más cercana cumbre  
Alza un templo sus arcadas  
Que dora del sol la lumbre,  
Y en cuyas gigantes gradas  
Se postra la muchedumbre.

Y cien voces á la par,  
Y cien mil de ellas en pos,  
Van con el mismo cantar  
Repitiendo: «¡Gloria á Dios!  
¡Su reinado va á empezar!»

Al eco de esta armonía  
Mi imaginación turbada  
Recobra su lozanía,  
Y en mi pupila inflamada  
Refleja la luz del día.

De todo cuanto soñamos  
Nada en derredor hallamos,  
Las ilusiones dejemos,  
Y puesto que despertamos,  
A la batalla tornemos.

Otro viaje nos espera  
Por más árido camino,  
Donde en vez de la palmera  
Halla cipreses doquiera  
El cansado peregrino.

Y de ese viaje al final,  
En cuyo largo arenal  
La materia se evapora,  
Se ve de una dulce aurora  
El crepúsculo inmortal.

TROVA.

—Di por piedad, hermosa castellana,  
Que bajen el rastrillo;  
Herido vengo, y moriré mañana  
Al pié de tu castillo.

—No entran en él los viles que pelean  
En lucha fratricida;  
Huye donde mis gentes no te vean,  
Y cure Dios tu herida.

—Jamás en lides tales, mi señora,  
Manché mi limpio acero;  
Lidio por la beldad que el alma adora,  
Sólo por ella muero.

Decir oí que de su honor en mengua  
Murmuraba un villano,  
Y en el vecino rollo está su lengua  
Clavada por mi mano.

Herido estoy; tras mí con furia insana  
Llegarán al castillo;  
Di por piedad, hermosa castellana,  
Que bajen el rastrillo.—

Oyóse el rechinar de las cadenas,  
Sonaron campanadas,  
Y viéronse de pronto las almenas  
De arqueros coronadas.

Mientras á una mujer con dulce acento  
Un trovador decia:  
Puedo mirarte, y moriré contento;  
¡Gracias, amada mía!

*Madrid, 1873.*

PREFACIO DE UN LIBRO

DEDICADO Á MI HIJA.

Al pronunciar tu nombre, hija querida,  
Puros están mis labios y mi alma;  
Pasadas las tormentas de la vida,  
Miro ya al cielo con serena calma.

De cuanto amé y creí con fe y empeño,  
Sólo dos cosas en mi pecho abrigo:  
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño;  
Mi amor á tí, que morirá conmigo.

Rendido alguna vez, jamas postrado,  
Crucé del mundo la escabrosa senda,  
Alta la sien, el pensamiento honrado,  
No dócil al error, y sí á la enmienda.

Nunca esperé ni aplauso ni memoria  
Ni demandé favor á la fortuna;  
Los pobres lauros que debí á la gloria  
Todos los arrojé sobre tu cuna.

Si de la edad venciendo los agravios  
Eres, como ángel hoy, mujer un día,  
Oirás contada por ajenos labios  
Una historia infeliz; ésa es la mia.

Aspirar á lo grande y ser pequeño,  
Amar la libertad y no gozarla,  
Tener tan sólo la razon por dueño,  
Y al capricho del mundo encadenarla:

Vivir sujeto al afrentoso lazo  
Que teje á veces la maldad triunfante,  
Y ver unidos en estrecho abrazo  
El ódio ruin y la ambicion gigante:

Tal fué mi vida, tal será la tuya,  
Y ¡ay de tí si tu aliento desfallece!  
Cuando mi noche terrenal concluya,  
Cuando tu aurora celestial empiece.

Verás con miedo, como yo con ira,  
Tomar el vicio de virtud el nombre,  
Aplaudir la verdad á la mentira,  
Hacer el hombre su escabel del hombre.

Verás de amor cubierta con el velo  
La torpe liviandad ó el vil amaño;  
Herencia del sufrir, el desconsuelo;  
Herencia del gozar, el desengaño.

Si esto sucede, y si la duda impía  
Osa empañar tu corazón siquiera,  
Abre este libro entónces, hija mía,  
Donde cayó mi lágrima postrera.

Ábrelo, sí, y al recorrer sus hojas,  
En que copiarte quiso mi deseo  
Del ruiñeñor amante las congojas  
Ó de la alondra tímida el gorjeo;

Piensa no existe entre sus hojas una  
Que un consejo no guarde provechoso,  
Y que es un buen consejo una fortuna  
Que no suele tener el poderoso.

Piensa que con la fe todo se allana,  
Que con la caridad todo se puede,  
Que hay flor que al huracán resiste ufana  
Y al blando impulso de la brisa cede.

¡ Sentir, amar, creer! Aquí se encierra  
Todo el secreto de la humana vida;  
Quien cumple esta misión sobre la tierra  
Puede esperar en calma su partida.

Por eso yo con efusión te estrecho,  
Hija del alma; te coloqué al lado,  
Y me duermo tranquilo y satisfecho,  
Como el atleta de luchar cansado.

Madrid, 1873.

A MADAME.....

En el mar nos encontramos  
Y en el mar nos comprendimos,  
Recia borrasca corrimos,  
Y uno por otro temblamos.

« Nunca te podré olvidar »  
Me gritaban tus acentos  
Entre el rumor de los vientos  
Y las olas al chocar.

Y al ver la tierra cercana  
Que anhelábamos los dos,  
En vez de decirme: ¡ Adios!  
Me dijiste: ¡ Hasta mañana!

Hoy, mujer, te vuelvo á hallar;  
Tus hijas ya son amables:  
Cuando de abismos las hables  
No las hables de la mar!

POLOS OPUESTOS.

---

Por más que mires, por más que rias,  
Por más que juegues, por más que corras,  
Yo te aseguro que tus encantos,  
Aunque me encantan, no me enamoran.  
Sé que eres linda, sé que tus ojos  
Dan, como el rayo, la muerte sorda,  
Sé que á jazmines tu aliento huele,  
Sé que de perlas nido es tu boca.  
Mas sé que fuiste siempre coqueta,  
Mudable siempre, siempre traidora,  
    Como la nube,  
    Como la sombra,  
    Como los vientos,  
    Como las olas.

Tú sueñas mucho, yo espero poco,  
Yo soy esquivo, tú eres celosa,  
Tú, como el ave, buscas espacio,  
Yo, cual molusco, vivo en mi concha.  
Tú, embelesada con el rüido,  
Sientes del mundo la fiebre loca,

Yo en la tristeza y en el silencio  
Mis ilusiones evoco á solas;  
Tú eres flexible como la idea,  
Yo rudo y grave como la historia,  
    Como el destino,  
    Como la roca,  
    Como la vida,  
    Como la fosa.

*Puerto-Rico, 1868.*